Mi reloj marcaba ya las 615, con el primer rayo de sol me desperté y miré al horizonte, al igual que cada mañana, esperando a que todo fuera un sueño… pero no, allí estaba todo tal y como lo estaba el día anterior y el anterior a ese.

40 días han pasado ya desde el día D, el día en que todo empezó, el momento en que este desdichado mundo se fue al car\*ajo, aquél día me encontré a mí mismo solo y tratando de sobrevivir ante un enemigo antes desconocido que, en cuestión de horas, se contaba ya por miles. Sabía que mi experiencia en la Guerra del Golfo me daría mayores posibilidades de sobrevivir que a las personas normales por lo que intenté ayudarles, pero todo fue en vano, en cada lugar al que iba a intentar ayudar a alguien, ellos habían llegado antes. Viéndome en esta tan nefasta situación decidí que mi mejor oportunidad era volver una vez más a aquél lugar del que me había desprendido hace ya más de 20 años. Decidido y sin titubear, ese mismo día tomé todo lo que me podía llegar a ayudar, me subí a mi Jeep Renegade, que llevaba años pidiéndome una aventura, y emprendí el rumbo hasta la base aérea en Indian Spring.

No logré avanzar mucho por la ciudad que veía desmoronarse a cada rodar de las ruedas hasta que me percaté de algo importante, estaba siendo seguido, pero no a pie, los bastardos ya habían aprendido a usar autos y motocicletas o, mejor dicho, quizá nunca lo habían olvidado. En ese momento aceleré a más no poder, sabía que no me alcanzarían, pero, para mi sorpresa, al salir de la ciudad dejaron de perseguirme, así sin más, detuvieron los autos y me dejaron marchar. Creí que me había salvado o que esos bastardos creían que me esperaba algo peor, de cualquier manera, me sentí aliviado hasta que, a unas pocas millas de haber dejado la ciudad, mi fiel compañero me falló, se había roto el carburador y ya no podría avanzar con él. Encontrándome en esta situación y viendo que regresar a casa no era una opción decidí avanzar por el desierto por mis propios medios hasta llegar a la base, tenía todo lo necesario para sobrevivir al desierto y llegar en los días que tenía contados.

Y así avancé y avancé, unas 11 millas por día, mientras me mantenía lo suficientemente cerca de la carretera para ver si se acercaba algún vehículo que me pudiera ayudar pero lo suficientemente lejos como para ocultarme en caso de que esos bastardos estuvieran patrullando las rutas; sin embargo, ni una ni otra cosa sucedió, las más de 400 millas que me separaban de mis destino las transité en una completa soledad casi abrumante y un constante sentimiento de no estar seguro que por las noches no me dejaba casi dormir.

Al final, el día 40 tal y como lo había previsto y sin percance algo, alrededor de las 1020 me acercaba finalmente a la base. El recibimiento no fue menos que el esperado fui apuntado con cuanta arma había en el lugar hasta que me identifiqué como un ser humano y le entregué mis credenciales al oficial en mando a lo que con una gran sonrisa me dijo:

“Eres el primer bastardo sin suerte que llega a este lugar con vida, serás de gran ayuda soldado y parece que llegaste justo a tiempo”; en cuanto el coronel terminó estas palabras señaló al horizonte y se pudo apreciar una gran horda de bastardos en camino, y así me fueron entregadas un arma con sus correspondientes municiones y comenzó mi misión de defender el puesto en contra de estos mal nacidos zombies.